

## Incorporación como Académico de Número

---

### Elogio al Académico AN Dr. Javier Mariátegui Chiappe

---

AN Dr. Renato Alarcón Guzmán

Quiero agradecer profunda y sinceramente a la Academia Nacional de Medicina por el honor de mi incorporación como Académico de Número, posición a la que trataré de responder con mis mejores esfuerzos. Y mi gratitud a la Academia se multiplica porque me brinda la oportunidad de rendir un homenaje personal y sentido a la vida y la obra de Javier Mariátegui Chiappe. Más allá de mi condición de Titular de la Cátedra Honorio Delgado en la Universidad Peruana Cayetano Heredia, cargo en el que tengo el inmarcesible honor de suceder a Don Javier desde su partida, el año 2008, deseo expresarme hoy como discípulo de un maestro lúcido y sabio, como colega de un médico-psiquiatra excepcional y como depositario de su amistad, brindada generosamente sin las ataduras ni formalidades de diferencias etarias. En la elaboración de algunos aspectos de este homenaje, he contado con la valiosísima ayuda de José Carlos Mariátegui Ezeta, el hijo de Don Javier que nos acompaña hoy y a quien agradezco muy de veras.

La obra total de Javier Mariátegui tiene un sello distintivo, el de una autenticidad incuestionable. Y este homenaje es una manera de dar nombre a esa autenticidad, de decir que la vida humana no es una jornada de brújulas oportunistas, que el trabajo intelectual no es retórica vacía y transitoria, que los principios morales no son abstracciones insulsas sino más bien aspiraciones concretas, como aquéllas que inspiraron las hazañas de Don Quijote. Javier Mariátegui fue un creador auténtico,

un hombre íntegro, un peruano esencial.

La perspectiva biográfica ofrece posibilidades fascinantes en el intento de adentrarse aún más en el ser y el quehacer de un personaje que ya pertenece a la historia. En el último capítulo del volumen de su autoría, José Carlos Mariátegui: Formación, contexto e influencia de un pensamiento, publicado póstumamente en 2015, el último capítulo se titula “Ser y existir como hijo del Amauta”, y en él Don Javier escribe algo de su historia como el menor, “el cuarto Mariátegui”, nacido el 13 de setiembre de 1928 (hace poco más de una semana, habría celebrado su 89<sup>º</sup>. Aniversario), criado y educado “por una mujer excepcional” (Doña Anita), la cual, nos dice, lo situó sabiamente “en la escuela de trabajo y en el culto reverenciado a la memoria de nuestro padre”.

Javier Mariátegui fue desde pequeño un niño vivaz, juguetón y afectuoso. Tenía apenas un año y medio de edad, cuando falleció su ilustre padre, un 16 de abril de 1930. Javier se educó en el Colegio Maristas San Luis de Barranco, donde mostró desde un comienzo su alta calidad de estudiante y de líder así como su devoción al trabajo y al apoyo familiar, en respuesta a la “orfandad sin holgura” que menciona también en aquel libro, trabajando durante sus horas libres en la Librería Minerva, un ambiente en el que el estímulo y el amor a las labores de imprenta, lectura y trabajo editorial empezaban ya a asomar.

Don Javier mostró desde pequeño una inteligencia brillante, afán de saber más y pronto, tenacidad y disciplina en el estudio, en la lectura o en la tarea de escribir. En el recuerdo autobiográfico que precedió a la entrevista que le hice para mi libro *Identidad de la Psiquiatría Latinoamericana*, señaló que su interés por la psiquiatría fue anterior a su ingreso a la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, a la edad de 18 años. Culminó la lectura de las Obras Completas de Freud en el primer año de la Facultad de Ciencias, y reconoció a Laín Entralgo, Weber, Spranger, Scheler y Jaspers como autores de influencia decisiva en su carrera. Alumno destacadísimo en Premédicas y en San Fernando, se graduó en 1955, a los 27 años, con el primer puesto de la Promoción "Oswaldo Herculles". Contó entre sus amigos dilectos a Gustavo Gutiérrez (su vecino en Barranco, compañero de estudios y de juegos desde su infancia, ingresaron juntos a San Marcos, pero Gustavo dejó luego la carrera médica para iniciar sus estudios de sacerdocio), a nuestro querido Zuño Burstein y a muchos otros. No puedo dejar de mencionar que Javier Mariátegui fue también dirigente estudiantil, Secretario de Cultura en el Centro de Estudiantes de Medicina de San Fernando. Su tesis de grado fue un trabajo pionero sobre la dietilamida del ácido lisérgico (LSD). Es conocido el hecho de que Don Carlos Monge Medrano, trató de persuadirlo a que siguiera la especialidad de Medicina Interna y no Psiquiatría, ofreciéndole becas en el extranjero. Javier Mariátegui dijo No, e inició entonces su travesía en la especialidad a la que dio lustre dentro y fuera del Perú.

En la etapa inicial de su carrera y a lo largo de su vida, Don Javier contó con la amistad y el apoyo de figuras patricias de la Medicina y la Psiquiatría peruanas. Los maestros Enrique Encinas y Humberto Rotondo le mostraron con rasgos claros y firmes las rutas biológica y social, respectivamente, de nuestra disciplina. Juan Francisco Valega y Baltazar Caravedo Carranza reforzaron su talento administrativo, Alberto Tauro del Pino y Hugo Pesce reafirmaron su profunda vocación social, y la epónima influencia de Honorio Delgado en muchos aspectos de su trayectoria intelectual, contribuyó a su profundidad en el abordaje de la psicopatología y a la integración bio-psico-social como elemento vital de su trabajo clínico y académico. Y menciono aquí, otro evento fundamental en la vida de Don Javier: su matrimonio con Rosita en 1971, luego de varios años de noviazgo; su inmenso afecto y apoyo mutuo culminó con el nacimiento de nuestro querido José Carlos, en 1975.

Ingresó a la docencia primero en Psicofisiología y luego en Psiquiatría en San Marcos. Es difícil resumir su carrera en pocos minutos, pero es indudable que las bibliotecas, la suya en particular, en crecimiento constante desde el comienzo, eran escenario central de su labor. Amante de la música de Beethoven, Mahler y Mendelsohn, su entretenimiento fundamental fue, desde siempre, la lectura. Era, en efecto, un lector incansable; contó a Balzac, Dostoievsky, Hesse y Joyce como sus autores favoritos y discutía también con comodidad las contribuciones farmacológicas y neurobiológicas de Delay y Bernard, Deniker o Schou. Y su labor intelectual, transuntada en 17 libros, 220 artículos, 147 editoriales, participación en casi 400 eventos y certámenes científicos, membresía en 54 entidades académicas y científicas, incluida la Real Academia Española de la Lengua (1993) y como beneficiario de 39 condecoraciones y honores, ofrece sólo algunos de los muchos terrenos o perspectivas en que se desarrolló con entereza y lucidez. Obviamente, la ANM lo tuvo entre sus miembros: Ingresó como Asociado en 1977, fue Académico de Número en 1987 y elegido Presidente para el periodo 1995-1997. Durante su gestión y en todo momento, alternó con figuras de la calidad de Pedro Laín Entralgo o Pierre Pichot.

Como ejemplos-índice de su trabajo, permítaseme sólo citar cuatro de las muchas áreas de trascendencia intelectual, profesional y académica en las que brilló con luz propia. En primer término, en el campo editorial, la *Revista de Neuro-Psiquiatría*, una de las más antiguas de América Latina, y *Acta Herediana*, ejemplar publicación académica que representan, respectivamente, su énfasis científico y su perspectiva humanística. En el área de la compilación bibliográfica, análisis y difusión de obras con sello de clásicos, el país tiene una deuda intelectual con Don Javier por la publicación de opus como los trabajos completos de Honorio Delgado (en su condición de primer Titular de la Cátedra herediana que lleva el nombre del maestro) y los de José Carlos Mariátegui y el *Anuario Mariateguiano*.

En el terreno histórico, enfocado en la psiquiatría peruana, sus semblanzas de Hermilio Valdizán, Juan Francisco Valega, Baltazar Caravedo, José Casimiro Ulloa y su obra *La Psiquiatría Peruana* en sus figuras representativas, son pilares en los que ya se vislumbraba su personal visión del desarrollo de nuestra disciplina.

Como clínico e investigador, Estudios de Psiquiatría Social en el Perú, Epidemiología Psiquiátrica de un distrito urbano de Lima, Salud Mental y Realidad Nacional, Ruta Social de la Psiquiatría Peruana, ensayos pioneros sobre psicofarmacología y su análisis psicopatológico sobre personalidad limítrofe, son testimonios indiscutibles de profunda versación y calidad heurística. Javier Mariátegui exhibió estas cualidades con genuina integridad en la biblioteca, en las salas de ese escenario histórico que fue y es el Hospital Víctor Larco Herrera, o desde el pódium de conferencias que dictó en nuestro país y en escenarios extranjeros.

Y en un sumario de su ilustre vida, de sus desafíos existenciales y sus logros, en el último párrafo del artículo final del libro en homenaje a su padre, Don Javier escribe: “Un padre como José Carlos Mariátegui puede producir el ‘efecto de la sombra’ que marca e impide el crecimiento personal, debilita o quiebra el proceso de individuación (el ser personal) en las gentes a él cercanas por lazos de sangre”. Y se pregunta si había logrado diseñar “una autoimagen a la cual he disciplinado mi vida”. La biografía de Don Javier nos brinda una respuesta elocuente: No hubo un “efecto sombra” sino todo lo contrario –el encuentro de dos faros radiantes iluminando la ruta a los que quedamos detrás.

Guardo de nuestros muchos encuentros, los recuerdos más preciosos. Lo llamé Don Javier casi desde el primer momento en que lo conocí en 1962, yo a la sazón estudiante provinciano de 3er. año de Medicina en la Cayetano Heredia auroral. Fue para mí Don Javier, porque pese a su juventud, inspiraba el respeto de una madurez precoz al lado de la cercanía a un él tan jovial y hasta travieso, a una inquietud intelectual que engarzaba curiosidad y fina ironía con sabiduría y trascendencia. En su antiguo consultorio de Colmena Derecha conducía para heredanos a los que ya nos atraía la psiquiatría, seminarios informalmente serios, hablándonos de trabajos de Don Honorio o de Federico Sal y Rosas, de los Schneider, de Valdizán o de

Merleau-Ponty. Recuerdo charlas amicales en la atmósfera a la vez sosegada y austera de su biblioteca personal. Le seguí llamando Don Javier desde lejos, en cartas que me recordaban intensa y tiernamente a la patria distante, y en visitas donde la calidez de un hogar ejemplar era escenario de diálogos de amistad y de aliento. Y fue Don Javier al que escuché por teléfono una última vez cinco meses antes de su partida, indagando con afecto por mi familia y deseándome un buen viaje de retorno al Norte. Don Javier fue para mí, como probablemente para muchos, maestro y amigo, mentor y colega, modelo y guía.

Permítanme concluir este mi modesto homenaje, leyendo un breve párrafo del discurso que Javier Mariátegui pronunció en 1990, con ocasión del 35º. Aniversario de la Promoción “Oswaldo Herculles”. Su mensaje respecto a la vida y a nuestra profesión tiene el sello profundo del Maestro que fue y seguirá siendo:

“Lo conocido de nuestro tiempo es lo que hemos transformado en la parte sustantiva de nuestro trabajo personal. La profesión médica tiene un devenir necesariamente histórico. Si bien el tiempo humano tiene características generales, el tiempo individual está teñido de la particularidad, de la posición original del ser frente a un mundo cambiante. Así, en perspectiva, la tarea de nuestro tiempo nos ha permitido enriquecernos con la única remuneración que no es perecible: la satisfacción moral que genera el deber realizado, la relación directa entre lo vivido y lo actuado, en fin, la certeza que la nuestra es una existencia auténtica, ceñida al respeto de los aspectos éticos y estéticos de la vida humana, con la fuerza moral derivada de una ejecutoria profesional respetuosa de los valores individuales y colectivos. Nuestro tiempo humano ha ganado en cualidad lo que quizás pierda en cantidad. Conforme maduramos somos más exigentes con nosotros mismos, pues la conciencia de finitud quintaesencia y revalora el diario discurrir”

Muchas gracias.